

Universidad sin paredes: un proyecto común

por Iván Chaar-López

[D]eseamos que el poder no estrangule el proyecto universitario, no lo enreje con sus condiciones, ni que lo intelectual y lo académico se enclaustre de su entorno social. Para que la universidad sea, en efecto, sin condición, debe considerarse como un espacio para pensar nuestro presente por el prisma de lo que no existe, de un futuro aún no realizable y de un pasado en continua con-figuración. La universidad sin condición es un proyecto autónomo de nunca acabar, está en constante gestación y, por lo tanto, no puede ser prisionera de la especificidad de un Estado y su poder.

- Manifiesto de la Universidad sin condición,
30 de noviembre de 2010

El proyecto Universidad sin paredes surgió en el invierno de 2010 como fruto de diversas y extensas discusiones entre un grupo de estudiantes, profesores y profesoras de la Universidad de Puerto Rico. Ante la posibilidad de una huelga estudiantil y los gestos autoritarios de la administración universitaria, nos cuestionábamos, ¿cómo articular una universidad incondicional e incondicionada si la condicionamos al espacio geográfico del salón de clases? ¿Cómo podíamos generar un proyecto común que rompiera con la perspectiva gremial que demarcaba las fronteras entre estudiantes, profesores, trabajadores y el país? ¿Cómo puede la universidad ser un espacio de vitalidad democratizadora si reforzamos los mecanismos de vigilancia en los umbrales?

Nos propusimos, precisamente, transformar la dinámica universitaria del salón de clases y derribar las paredes, metafóricas y un tanto literales, que continuamente separan a quienes pueden y los que no pueden participar de la universidad – del debate provocador e incisivo, del pensar como condición de vida, del encuentro entre lo común y lo diferente. Se trató de un esfuerzo por democratizar la experiencia universitaria, de que para tener acceso a ella no hicieran falta matrículas ni cuotas. Esa democratización nos llevaría a que las discusiones realizadas en su interior estuvieran atravesadas por otras preocupaciones y saberes.

Aspiramos trocar espacios "no-tradicionales" en lugares para el intercambio universitario para que más y más gente pueda participar (**tomar y formar parte**) de la universidad, de sus dinámicas y de sus discusiones. Utilizo la noción de participar que sugiere la agencia activa del espectador. Quien participa no sólo forma *parte de* algo sino que le *da* forma. De igual manera, con las transformaciones de espacios, quienes conformamos la tradicional comunidad universitaria dialogamos con otros saberes y experiencias –permítaseme utilizar ligeramente el término– "exógenos" a la universidad. No se trataba de que "nosotros" llevaríamos nuestro conocimiento a "otros" en determinado espacio sino que convocábamos a la duda, al cuestionamiento y al entendimiento mutuo. Nos proponíamos, pues, embarcarnos hacia lo im-posible –según Jacques Derrida–, hacia la construcción de lo común.

A través de la Universidad sin paredes gestionábamos, además, una transformación de la población universitaria – así sea brevemente. Los únicos universitarios ya no éramos los matriculados y los docentes quienes acudíamos al salón

de clases, sino todos y todas aquellos que tomaban y con-formaban parte del evento. La comunidad se re-definía como parte del y con el acontecimiento. La verticalidad del salón se desmoronaba y las relaciones de aprendizaje se re-armaban en un gesto de solidaridad hacia los lados, una horizontalidad de saberes.

Así pues, la universidad existió, en efecto, sin paredes como proyecto común.